

El que escribió la *Sabiduría* fue un personaje de primer orden en la historia religiosa. Señaló una vuelta del camino, un cambio brusco de dirección. Fue el primero que en la tradición judía enunció definitivamente la doctrina de la inmortalidad del alma. Junto a la resurrección, doctrina más lógica, pero cuya realidad asustaba a los espíritus que habían recibido la cultura griega, hubo una doctrina más atenuada para los espíritus medios. Un judío de esta escuela se parecía mucho a un griego educado en las escuelas filosóficas. La unión de ambas doctrinas en el interior del cristianismo fue el mayor apuro de la doctrina naciente: pero los niños digieren piedras y asimilan los alimentos más heterogéneos. La inmortalidad del alma fue la doctrina fundamental. La resurrección y el juicio final fueron accesorios sin gran significación, relegados al fin de los tiempos.

La total falta de mesianismo y de apocaliptismo caracteriza el libro de la *Sabiduría* como todas las obras alejandrinas. La agada palestínica también había penetrado poco en Egipto. La *Sabiduría* no la conoce, aunque los relatos bíblicos están algo deformados por adiciones o deducciones, muy caprichosas a veces. Al revés de los visionarios palestinos, el sabio egipcio piensa que Dios es menos severo para Israel que para los demás pueblos, porque es su padre. Su física y su fisiología superan en mucho a las de los antiguos escritores hebreos. Bajo todos los aspectos, aquel judaísmo de Egipto era superior al de Palestina. Llegaba a una especie de deísmo semejante al de Cicerón y de los eléctricos, donde lo sobrenatural se reducía al *mínimum* y la Thora no era más que la Ley Natural, practicada con pureza de corazón.

La Sibila de Alejandría continuaba prediciendo, pero renunciando a la política, no pensaba más que en cosas morales, en la reforma de la humanidad, en la conversión de los paganos. La inspiraba un deseo hermoso. Sus exhortaciones eran tiernas, algo prolijas y, a veces, conmovedoras.

La antigua Sibila únicamente conocía, según la añeja teoría hebraica, una recompensa terrestre y el juicio final. Después tuvo una escatología tan desarrollada como la de Henoch. Casi no aparece el mesianismo en sus elucubraciones. Pero el paraíso ha llegado a completa madurez. El lugar de deleite de los justos será un *pardés*, un parque delicioso sembrado de flores. La Sibila, según todas las apariencias, es la primera que empleó esta palabra encantadora.

Como vemos, el culto puro a la Divinidad es la principal preocupación del judío alejandrino. Todas las reuniones le parecían buenas para manifestar su desprecio a los ídolos y al politeísmo. El traductor del Baruch apócrifo consideró útil publicar la obra que traducía para convertirla en manual eficaz para uso de los judíos de la *diáspora*. La carta falsa de Jeremías, a continuación del pseudo-Baruch, es un fragmento bastante ingenioso contra la odiosidad y ridiculez de los cultos paganos.